

JOAN ROÍS DE CORELLA

JOAN ROÍS DE CORELLA ES EL ÚLTIMO GRAN ESCRITOR DEL SIGLO XV, LA EDAD DE ORO DE LA LITERATURA CATALANA. EN SU PERSONALIDAD CONFLUYEN LOS VALORES EN CRISIS DE FINALES DE LA EDAD MEDIA Y UNAS ACTITUDES YA TÍPICAMENTE RENACENTISTAS. DE LOS GRANDES ESCRITORES DEL PERÍODO CLÁSICO DE LA LITERATURA EN LENGUA CATALANA, CORELLA ES EL QUE ALCANZA EL MÁS ALTO GRADO DE FLEXIBILIDAD Y BELLEZA DE NUESTRA LENGUA.

EDUARD J. VERGER POETA



Entre los grandes escritores que hacen del siglo XV la edad de oro de la literatura catalana, Joan Roís de Corella es el último, cronológicamente hablando: la fecha de su muerte (octubre de 1497) se ha utilizado en alguna ocasión como hito que señala el final de aquella época. De hecho, en su personalidad confluyen, a menudo en conflictiva contradicción, los valores en crisis de fines de la Edad Media y unas actitudes, tanto vitales como literarias, ya típicamente renacentistas, hasta el punto de que su obra ha podido conceptuarse como "un caso típico de disociación interior" (J. Rubió).

El violento contraste entre, por ejemplo, la crudeza de las invectivas que dirige contra Caldesa (la amante que le ha sido infiel) y la serenidad hierática y distante de sus escritos religiosos, llega a hacer pensar que se trata de obras de dos poetas distintos.

Siendo el primogénito de una familia de la pequeña nobleza de Gandía (donde parece que nació al filo del primer tercio del siglo), estaba destinado a la milicia como, por la misma razón, lo habían estado Ausiàs March o Joanot Martorell; sin embargo, Roís de Corella evitó esa designación, muy poco adecuada a su carácter pacífico y sensible, consagrándose al estudio de la teolo-



gía. Por testimonios literarios sabemos que predicó en la seo de Valencia y que tenía fama de gran sermoneador, aunque no nos ha llegado ningún ejemplo de su producción en este género. Todo eso ha hecho pensar en la posibilidad, no confirmada a ciencia cierta, de que fuera eclesiástico, su posición reforzada por el hecho de que, pese a haber llevado una vida sentimentalmente bastante agitada ("navegando por el tempestuoso mar de amor deshonesto he sufrido a menudo naufragios con válida fortuna golpeando los escollos con la proa de mis veleros continuamente dirigidos a mujeres ingratas"), nunca se unió con nadie en matrimonio, ni siquiera con la mujer que, al parecer, fue su amor más duradero, Isabel Martínez de Vera, que le dio dos hijos. Lo cierto es que tampoco fue la Teología el objeto de su más encendida pasión. De vez en cuando, se ha querido ver en él a un hombre profundamente religioso, místico incluso; pero esta caracterización se ha demostrado, siempre, proveniente de lecturas poco perspicaces o absolutamente erróneas. La experiencia amorosa es el verdadero centro de su vida y el objeto constante de su escritura; incluso si aparecen en ella citados famosos guerreros (Ajax, Ulises, Jasón, Aquiles, Paris...), nunca lo hace para referirse a sus acciones guerreras, sino

para hablar de problemas de amor. El espíritu caballeresco que caracteriza toda la literatura anterior, desaparece por completo en Corella. Y su actitud amorosa es también radicalmente nueva, como puede verse en la reacción ante la infidelidad que describe en la *Tragèdia de Caldesa*: "Con diversidad de tan imposibles pensamientos salí de la estancia o sepultura donde tanta pena había sufrido. Aceptando la pluma, que a menudo descansa de graves males, la presento mojada en mi propia sangre, porque el color de la tinta se adecúe al dolor que razona". Aceptando la pluma, que a menudo descansa de graves males: la motivación de la escritura que esta frase revela, es decir, la literatura sostenida conscientemente como remedio o consuelo para los fracasos de la vida real, es también uno de los rasgos más originales de la obra corelliana. En palabras de J. Carbonell, uno de los estudiosos que más extensamente se ha ocupado de ella, "no sólo los aspectos formales son nuevos en Corella. Lo son más todavía los humanos, la penetración de una nueva realidad, de un nuevo espíritu vital, que fecundaría la literatura y toda la vida europea con el Renacimiento. Era, pues, la crisis del espíritu de la caballería en la persona de un caballero".

Con todo, la posteridad de Roís de Corella ha sido, casi hasta hoy, bastante problemática. Todos los críticos e historiadores de la lengua catalana coinciden en situarlo en primera fila, y tal valoración es unánime por lo que se refiere, sobre todo, a su obra en verso, aun siendo muy breve (Joan Fuster, por ejemplo, habla, con la circunspección que le es habitual, de "cuatro o cinco excelentes poemas"). Martí de Riquer subraya su estilo lapidario, y se suele señalar también la fluida musicalidad de la métrica, que tiende a alejarse de la sequedad ausiasmarchiana y del esquema acentual del decasílabo trobadoresco, acercándose al *dolce stil nuovo* que se extiende desde Italia. Pero en el barroquismo de su prosa, en los retorcimientos sintácticos del período ciceroniano y, por otra parte, en la "escasa originalidad" (Fuster) de su temática, mayoritariamente liviana, algunos han creído ver un signo de decadencia. Tal vez por eso Corella es, todavía, de los grandes escritores del período clásico de la literatura en lengua catalana, el menos estudiado y quizás también el menos editado, pese a que el gusto actual ve en él, sin aquellas reservas, el logro del más alto grado de flexibilidad y belleza a que llegó nuestra lengua en el siglo de su máximo esplendor literario. ■